

James en la galaxia naranja

Constanza Martínez Camacho

Ilustraciones de **Verónica Cardona**



loqueleg

*El espacio no está lejos en absoluto.
Está solo a una hora de viaje
si tu coche pudiera ir recto hacia arriba.*

*FRED HOYLE
(astrónomo británico)*

Lunes otra vez y James, ¡en casa!

—Buenos días, Bogotá. Les habla Tato Zuluego, la voz de la Súuuuper Estación, la emisora más *play*, más *cool*, más roquera del país y del muuundo. Hoy es 4 de febrero de 2008, y esta es la programación musical de este hermoso y nublado lunes bogotano. Empezaremos con uno de los clásicos del grupo Green Day, “American Idiot”, para nuestros oyentes rebeldes y apasionados...

¡Sí! ¡Por fin habían puesto la canción antes de que saliera de mi casa! ¡¡Yuju!! Ese día fue uno de esos que empieza y termina de buenísimas. No solamente era mi primer día de clases en el colegio, sino que, además, pusieron mi canción favorita, en mi emisora favorita, justo en el momento en el que estaba secándome el pelo con la toalla y pude hacer la mímica perfecta de Billie Joe Armstrong. ¡Gracias, Tato! Menos mal cambiaste de emisora.

Radio Consecuencia era para viejitos y ahora eres todo un *crack* del rock. Gracias.

8 —¡Gabriel! ¡Sal del baño rápido, que nos va a volver a dejar la ruta! —gritó mi mamá, rompiendo mi sueño de ser un roquero rebelde y flacucho, mientras estaba tratando de mirar, en el espejo lleno de vapor, cómo iban mis “chocolatinas” (los inexistentes músculos de mi abdomen, que parecían chocolatinas, sí... pero derretidas).

—¡Voy, Ma! —le respondí antes de que me quitara la mesada por ser respondón y desobediente. Lo recuerdo perfectamente porque esa mañana, justo en ese momento de transición, entre el baño y el desayuno, entre estar despelucado y peinarme, regresó James.

Mi amigo mayordomo se había ido a buscar a su novia Sofía, atravesando “el cielo, el espacio y el tiempo”, como me lo dijo durante la larga conversación que tuvimos la noche de su regreso.

Por si no lo sabes, James es un viajero del tiempo que deambula por los rincones de las épocas de la historia subido en una nave muy particular: nuestra lavadora vieja. Mi mamá se la había comprado a una señora muy elegante, que vivía en una casa

antigua del barrio Teusaquillo, lugar épico para ella, porque su abuela, es decir mi bisabuela, había vivido allí con sus hijos, es decir, con mi abuela Pili, su hermano Jorge y su hermana Aleida, justo en la casa vecina a la de la anciana del armatoste.

La señora Doyle nos había vendido esa “cáscara” por el precio de una licuadora y yo, Gabriel García, del curso 6°A, tuve que limpiarla por días enteros para sacarle el mugre, y sin guantes (¡guácala!)... Y, ¡oh sorpresa!, la máquina resultó ser una versión moderna de la lámpara de Aladino, mezclada con la Máquina del Tiempo que se inventara H. G. Wells, un siglo antes, en su novela. Dios, si yo mismo no hubiera visto salir a mi gran amigo levantando la tapa de la máquina, vestido de pingüino, con su chaleco, su camisa y sus mancornas, con su monóculo puesto sobre el ojo derecho y ese bigote tipo Mordecai, hubiera pensado que todo esto era una locura, pero era cierto y ese día, lunes, 4 de febrero de 2008, mi amigo regresó a prepararnos el desayuno a mi mamá y a mí, como si nada.

—Señora, el chocolate está listo y los *pancakes* del joven Gabriel tienen una deliciosa cubierta de mermelada de fresas, recién traídas de Holanda.

—¡James! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo estuvo su viaje? —le preguntó mi mamá, que casi se desmaya del susto otra vez, habiendo alcanzado el sartén y lista a darle un golpe al que pensó que era un intruso.

10 —Magnífico, señora, salvo que la nave nunca encontró la dimensión donde se encuentra Sofía. Debo seguir intentándolo. Mientras tanto, le dejo a usted unos presentes que traje de Constantino-
pla... perdón, de Estambul, siempre olvido que cambió de nombre.

James me trajo un avión de madera que, según él, consiguió en la misma fábrica en la que hicieron el avión de los hermanos Wright, y un casco de astronauta de los que vendían en la tienda de Cabo Cañaveral, justo antes del lanzamiento del Apolo 11. Cuando se trataba de detalles, James era un mago.

La última vez que nos vimos fue la noche en que regresó por un repuesto para la máquina. Me contó que debía revisar el tablero de control de la nave hasta encontrar la anomalía que le impedía sintonizar la máquina en la dimensión en la que se encontraba Sofía. Por un instante fuimos juntos a

la prehistoria, pero nos regresamos inmediatamente por miedo a que se alterara el curso de la historia de la humanidad. Si nos hubiéramos quedado por más tiempo, de seguro nos habría pasado lo mismo que lo que les ocurrió a los protagonistas de *El planeta de los simios*, esa película de Tim Burton en la que los simios eran los civilizados y nosotros, los humanos, sus esclavos. No me habría gustado para nada ser un “conejillo de Indias” de algún experimento cosmético y es claro que, si hubiera pasado eso, mi mamá me habría castigado de por vida. No sé qué habría sido peor, si ser un objeto de investigación de unos simios desalmados o que mi mamá me hubiera condenado a sacar la basura orgánica para siempre. De pensarlo, me da cosa.

11

—Ha crecido bastante, joven. Creo que es necesario que su madre le compre algo de ropa nueva. Si quiere la puedo conseguir en la mansión del Conde Olinos, sus sastres son de lo mejor de la Edad Media...

—O mejor la compro con mi abuelita la próxima vez que vaya de visita, James. ¿No te parece? No es por nada, pero creo que el Conde Olinos no está de moda por estos días.

—Tiene usted razón, joven Gabriel. Ahora vaya al garaje, ya los alcanzo, seguramente el automóvil está frío y requiere de algún ajuste para arrancar.

—James, el batimóvil ya es historia. Mi mamá lo vendió porque ya no andaba y los conductores de las rutas del colegio ya estaban furiosos con ella de tanto que les tocó empujar el carro. Ahora vamos en bus, pero nos toca correr porque, si nos deja, la caminata es larga.

—Comprendo... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestro último encuentro, joven Gabriel?

—Como seis meses, James. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Seis meses? Jummmmm, curioso —dijo James, y luego se fue pensativo a lavar los platos. Yo le iba a contar que en nuestro nuevo “hogar” había una habitación adicional que mi Ma usaba para estudiar canto y escribir sus informes escolares, pero, antes de mencionarlo, James hizo algo increíble:

—Sí, joven Gabriel, ya me había percatado de la habitación. Esta misma tarde la adecuó para mi uso personal. Hay que hacerle unas cuantas reparaciones —me respondió sin haber dicho palabra. ¡Oh, por Dios, James me había leído la mente!

—Sí, querido amigo mío, al parecer, la telepatía es un efecto secundario del viaje que hice a la franja azul del universo. Tuve que pasar por un agujero negro, dos nebulosas gama y una masa de insectos temporales zumbantes, pero no lo demoro más, corra o el bus, que está a menos de dos cuadras, los va a dejar otra vez.

—Adiós, James —le dije y lo abracé, sintiéndome feliz de su regreso.

13

—Adiós, joven amigo; adiós, señora, que tengan ustedes dos un grandioso día, vuelvan pronto.

Al parecer, James había estado trabajando en una tienda de abarrotes o algo así, porque hablaba como la señora que atiende en Fallabulla.

Salimos corriendo con mi mamá y, tal como lo dijo James, el bus del colegio estaba en el paradero bufando. Nos subimos con la lengua afuera y el corazón en la mano. Mi mamá se sentó con la monitora en el primer puesto y comenzaron a charlar. Yo me hice, como siempre, con Antonio, un pelado que había llegado de intercambio desde Canadá. Hablaba muy chistoso, pero era buena gente.

Ya en el colegio, me di cuenta de que nos tocó en el salón que daba hacia el bosque. Desde la

ventana se podía ver el lago. Esta sede era más grande que la de primaria y mucho más bonita. Hacía un frío terrible, pero todo era mucho mejor, diferente. Vale la pena decir que Gardesable y sus secuaces no pasaron los exámenes de Quinto y les tocó repetir en la sede vieja, así que no íbamos a tener que encontrárnoslos en el recreo ni en ninguna parte. A este curso pasamos Gomas, el Paísa y Juan Pablo; el loco López cambió de colegio a uno en el que estudian los futuros presidentes de la República, Pablito se inscribió en un colegio para niños con superpoderes especiales, mejor dicho, a un colegio de niños genios como él, y Nico se fue de intercambio a Estados Unidos. Llegaba a mitad del año próximo. Este año, a mi mamá la contrataron en la sede donde yo estudiaba, para que pudiéramos estar juntos en el colegio. La pusieron a dictar clases de canto en Preescolar. Yo iba a estar en clases de guitarra eléctrica y batería. Eso me tenía muy contento. Este colegio quedaba tan lejos que los niños bromeaban con que tenía nubes propias y decían que por eso no servía el internet. Durábamos horas llegando y horas regresando.

Todo iba bien en este comienzo de año hasta que a mi mamá se le ocurrió repartir las tareas de la casa conmigo. ¡Rayos! Ahora no solamente me iba a tocar sacar la basura, que para mí era una tortura, sino que cada sábado me tocaba poner a lavar la ropa y colgarla. No protesté porque mi mamá era capaz de ponerme a lavar la loza, ¡las ollas! o, algo peor, a cambiar la arena de nuestros gatos.

15

Fito era chiquito, un pequeño tigre de rayas grises, y Bleu, un siamés blanco de ojos azules. A ambos los rescatamos de un destino triste: Fito era el menor de su camada, con un ojo hinchado y unos tos que lo hacía parecer un zombi que gruñía por cerebros. Bleu era el gato de un amigo de mi Ma que iba a ser echado de su casa por tirar pelo por todas partes; la mamá del amigo estaba empeñada en deshacerse del pobre animal, así que fuimos por él y lo trajimos a la casa. Ya tenía suficiente con que los dos durmieran encima de mi flaco y desbaratado cuerpo. Yo los amaba, se los juro, pero detestaba limpiarles la arenera, así que mi destino de fin de semana era lavar la ropa y vaya lío que fue.

James pierde su media naranja... ¡por mi culpa!

Pasé una semana muy *cool*. Mis profesores de bachillerato eran un *hit*. Omar era nuestro director de grupo y, después de odiarlo tanto en Quinto, se volvió mi mejor amigo en Sexto. Creo que comenzaba a entender el amor de mi papá por los números y todo gracias a él. Era un gran profesor. Regañón, eso sí, pero genial. Por fin llegó el sábado y cuando estaba soñando que me contrataban para el Gran Concierto de París, mi mamá me despertó para que fuera a lavar la ropa, así que la saqué del canasto que se encontraba al lado de la máquina, la separé por colores y metí la ropa blanca con un poco de detergente biodegradable, bajo en cloro, porque mi mamá hubiera sufrido un colapso si hubiera utilizado jabón en polvo. Puse a trabajar el motor, cerciorándome de no activar el módulo de viaje, y me senté en el comedor con un plato de cereal a

esperar el ciclo. Cuando saqué la ropa, me di cuenta de que faltaban algunas de mis medias de deporte. La mayoría de las veces, salía algún par sin su pareja. Muchas veces me he preguntado a dónde van las que desaparecen (calcetines, para los que no viven en mi país) que yo meto a la lavadora y salen solas. Sé que el asunto ha sido fuente de inspiración para muchos chistes, pero, cuando me pongo a pensar en los millones de regaños de mi mamá por botar las medias, entonces la situación se vuelve tan importante como el hallazgo de las micropartículas que conforman los protones de las células (por cierto, ya las encontraron, y se llaman quarks, muy parecido a como le pusieron al cereal que viene en cuadritos y que me encanta echar al carrito del mercado cuando mi mamá está despistada).

Lo que no he podido entender es por qué, cada vez que los científicos encuentran una micromiga de célula, la gente comienza a discutir sobre si existe o no un creador del universo. ¿A quién le importa eso, si todavía nadie sabe a dónde van las medias que se pierden en la lavadora?

El rollo de Dios sería importante para mí si alguien me demostrara que las medias que lavo y